INTERVENCIÓN DE AMELIA VALCÁRCEL [6 DE JULIO DE 2010]

CATEDRÁTICA DE FILOSOFÍA, MORAL Y POLÍTICA DE LA UNED. MIEMBRO DEL CONSEJO DE ESTADO

"La Confianza de los Gobiernos. Ética para la Ciudad"

Antonio Díaz

Vamos a dar paso, sin perder más tiempo, a la última conferencia de esta mañana. Espero que no me apedreéis si digo que tengo que estar de acuerdo con la Directora General de Cooperación Local en que, aunque el dinero sea lo más importante, no lo es todo, puesto que ahora vamos a hablar de otro tema que también es muy importante. Hemos querido ir tocando a lo largo de estos días todos los temas que nos escuecen, que nos duelen y que nos preocupan y van apareciendo, lógicamente; y poco a poco los vamos tocando todos.

Vamos a hacer ahora un pequeño cambio de tercio, aunque siga apareciendo el tema financiero, que es nuestra principal prioridad siempre. Ahora y esta tarde, enlazando con algunos de los temas que salían en relación con la nueva Ley de gobierno local, que tienen que ver con la regulación de determinados aspectos relacionados con el buen gobierno; porque ahora vamos a hablar de confianza, que es el título principal de este seminario, vamos a hablar de ética, vamos a hablar de buen gobierno y de buen gobierno local.

Para empezar a darnos un marco general sobre el buen gobierno, que completaremos esta tarde con las visiones de los partidos políticos, en las que podremos aprovechar para preguntarles sobre eso y sobre más cosas, para comenzar tenemos el lujo y el placer de contar con Amelia Valcárcel. Es catedrática de Filosofía Moral y Política de la UNED y, además, miembro del Consejo de Estado. Por tanto, perfectamente conocedora de las leyes y de la elaboración de las leyes, aunque no va a hablar de eso, sino que va a hablar de ética en la ciudad. Creo que era el título que

inicialmente teníamos previsto de la conferencia. Bueno, Amelia, hay un amplio currículum que yo tengo aquí delante. Amelia, aparte de ser catedrática de Filosofía Moral y Política de la UNED y miembro del Consejo de Estado, es vicepresidenta del Real Patronato del Museo del Prado, es patrona de la Universidad Menéndez Pelayo y es, sobre todo, autora ensayista y autora filósofa de un buen número de libros y ensayos sobre temas que tienen que ver con la ética, con la política, con la ética y con la estética, con los problemas de género… En fin no voy a leeros el amplio número de libros que figura en su amplio currículo para no perder tiempo de su intervención. Amelia, gracias por acompañarnos, te pido disculpas porque llevamos un poco de retraso.

Amelia Valcárcel

Yo seré breve, porque he aprendido mucho a lo largo de la sesión de la mañana. Veo que hay muchos temas concretos, la proximidad de una ley que no se sabe si va o no a entrar en aspectos que, obviamente, los ayuntamientos consideran esenciales en el momento económico actual. Y eso preocupa mucho a las mentes y me toca hacer tal cambio de tercio, que no sé si va a haber mentes con ganas de seguir el cambio de tercio que tengo que dar. Yo tengo que hablar de qué pasaba cuando no pasaban todas estas cosas o, si pasaban, no se llamaban así.

Previsiblemente, la culpa es tuya por haberme invitado en un contexto tan empírico y tener que hacer, por el contrario, una indagación sumamente abstracta. Porque yo, en verdad, de lo que quiero hablar es de algo que se expresa con cierta facilidad, pero luego se hace con mucha dificultad.

El asunto es dónde aprendemos la democracia. Tan simple como esto. La democracia no solo es un tipo de gobierno, si fuera solo un tipo de gobierno lo podríamos caracterizar con bastante simplicidad. Es el tipo de gobierno en el cual el principio de mayorías es el fundamento de la toma de decisiones. Esto es diferente de otros tipos de gobierno, donde los principios pueden ser de otra naturaleza, por ejemplo, la inspiración divina. Pensemos que la mayor parte de los dirigentes de sociedades muy pequeñas, sociedades tribales son, por lo general, Reyes divinos. Pretenden mantener un contacto con la divinidad más fuerte, que les hace conocer qué es lo mejor que cabe hacerse. Pongamos por caso la ciudad de Roma.

Recuerden que los romanos contaban su tiempo según un calendario que empezaba en la fundación de la urbe, *urbe cóndita*. Esta fundación se había desarrollado por los dos hermanos Rómulo y Remo, y contaba con el fratricidio originario, que ocurrió en el año 756 antes de nuestra era. Durante largo tiempo, los romanos contaron su tiempo *at urbe cónditas,* es decir, desde el momento en que los dos hermanos hacen el rectángulo que va a ser la ciudad y uno mata al otro, porque el otro comienza a saltar sobre él como burlándose del momento fundacional. En ese momento de

fundación de la ciudad el rey es el rey divino. Quien dirige lo hace porque tiene, además, una gran proximidad con los dioses, y los dioses aconsejaban las ciudades porque los dioses tenían sus propias ciudades.

Las ciudades no cambian de Dios. Atenea protege a Atenas, de la misma manera que otros dioses protegen otras ciudades y la gente no cambia de Dioses. Una parte importante de la ciudad es el templo, y está dedicado a las divinidades tutelares. Después hay otras divinidades menores. Pero no podemos quitar la idea en la primitiva fundación de lo que va a dar origen al Estado y lo que da origen al Estado son las ciudades; en esa primitiva fundación la presencia de la divinidad, o bien de un gobierno que está divinizado, es una presencia constante. La democracia se ha desarrollado también en las ciudades, y esto me lleva a dos discursos que he de hacer. Uno sobre una palabra latina que pertenece a este rasgo que acabo de dar, para plantear un rasgo, la palabra *"pontífex"*, Pontífice. Recuerden que el *pontífex* es, en la ciudad de Roma y prácticamente ya en la Roma monárquica y en la transición a la Roma republicana, aquella persona que está encargada de dos cosas, que pueden parecer muy alejadas entre sí. Una: tiene que hacer los puentes, repararlos y mantenerlos en buen estado. Dos: tiene que legislar sobre todo lo que tiene que ver con el culto a los dioses, de tal manera que los dioses sigan protegiendo la convivencia en la ciudad.

He aquí que, por lo tanto, hace puentes humanos y hace puentes divinos, por eso es *pontifex*. Nosotros hemos heredado esa palabra con el segundo significado. Sólo tenemos uno; le llamamos el sumo pontífice y se lo llaman los católico-romanos, porque para los demás no lo es. Es una herencia que nos queda, y es una extraña vinculación entre lo que se hace en un mundo y lo que hay que hacer con el otro mundo, que es el mundo de los dioses, que realmente marca el destino de la ciudad.

Las ciudades, he dicho, son los orígenes de los Estados y no a la inversa. Pensemos que las primeras agrupaciones humanas solventes que dan como resultado gobiernos que no son gobiernos de legisladores míticos, son las primeras ciudades. Las primeras ciudades son además bastante modernas.

En realidad, hacia el año 4000 a. C. tenemos a las primeras ciudades apareciendo y nos van a aparecer en el Creciente Fértil y a lo largo del río Nilo también. Las ciudades vienen en el momento en que la práctica de la agricultura y la práctica de la ganadería alcanzan una estabilidad tecnológica suficiente. Hasta que la ganadería no está asegurada con una práctica que permite subsistir y la agricultura tampoco, no puede haber una cosa que llamamos ciudad. La humanidad, durante toda su larguísima historia, muy pocas veces ha sido sedentaria, no ha podido serlo. La mayor parte de los pueblos que todavía viven en estas primeras condiciones son pueblos que son agricultores-recolectores, en el sentido de que no hay una economía agraria situada, sino que hay que caminar la extensión de un territorio siguiendo las estaciones para ver que se recolecta y, de vez en cuando, esto acompañarlo con la doma de pequeños animales de los que se puede sobrevivir.

Si a alguien le queda esa vieja imaginación del siglo XIX, según la cual los seres humanos han sido cazadores, que se la vaya quitando de la cabeza. En la mayor parte de las culturas, incluso aquellas sumamente pegadas al terreno que todavía conocemos, la caza nunca ha sido la actividad principal, ni puede serlo. La principal actividad es la recolección de frutos, la caza es la comida del domingo, pero nadie podría subsistir de la caza. Aun así, estas pequeñas comunidades tienen un territorio que, naturalmente, si pueden defienden celosamente de otras comunidades que quisieran estar en su territorio. Pero la humanidad no se puede hacer sedentaria hasta sumamente tarde.

Los primeros asentamientos, que no podemos llamar ciudades, son realmente pueblos, y no sabemos qué uso han podido tener, es decir, si es un uso estacional también, si se utilizan sólo una parte del año y luego se abandonan mientras se hace la etapa recolectora, están en la Meseta de Irania. Tienen 8.000 años, 7.000 años. Eso, comparado con nuestra historia evolutiva, es una minucia. Una minucia muy grande porque la especie humana, a la que nosotros pertenecemos, es más joven, pero la hominización ha empezado hace un millón y medio de años. Es una cantidad de años prácticamente impensable.

No sé si les resulta fácil imaginar, yo cuando oigo estas magnitudes, millón y pico de años, debe ser mucho, pero no eres capaz de seguir imaginando, porque nosotros imaginamos según una proporción que es la de la vida humana. Somos capaces de imaginar bien transeptos de tiempos que tengan que ver con nuestra propia capacidad de vivirlos y, como mucho, de dos o tres o cuatro generaciones. En el momento en que los tiempos se acumulan, ya 100 años hay gente a la que le parecen una barbaridad de años. Siempre nos enseña la cultura, la gran cultura. La cultura tiene como misión una, bastante fuerte, que es enseñarnos a imaginar y entender largos períodos de tiempo, superiores a un siglo o incluso a 10, 20, 30 o 40 siglos si es necesario. Nadie ha adquirido lo que llamamos gran cultura si no es capaz de tener su mente en una disposición imaginativa y estimativa que le permita entender largos lapsos de tiempo, situar en ellos lo que ha ocurrido y darle sentido. Entender que ha ocurrido y que ha pasado y como unos acontecimientos están vinculados con otros. Si esto no ocurre, estamos ante una mente que puede funcionar muy bien, pero es una mente acrítica, para la cual, realmente, la vigencia de su vida individual forma el marco teórico en el cual puede situar cualquier cronograma, y eso es muy escaso cuando hay que tomar, por ejemplo, decisiones a plazo medio.

La mayor parte de las ciudades se fundaron mucho después de que nos aparezcan esos pequeños asentamientos iráneos. No fueron muchas. Las primeras que conocemos están bien registradas, están situadas en Mesopotamia. De Mesopotamia nos han llegado muchas cosas, aparte de que ahora se llame Irak, y sepamos que está padeciendo muchas convulsiones políticas, en alguna de las cuales algo tenemos que ver; de allí nos han venido nada menos que parte de nuestras formas religiosas, parte de nuestras maneras de entender el mundo y, desde luego, la idea del primer asentamiento ciudadano. Los primeros asentamientos ciudadanos son algunas partes ribereñas de los ríos Tigris y Eúfrates. Se hacen cuando la agricultura se ha consolidado como una tecnología fiable, y eso no sucede hasta el año 4000 o 3000 a. C. Aparecen las ciudades. Y son centros que administran la agricultura que hacen otros. La gente del campo nunca ha perdido este modo de ver a las ciudades. Es muy curioso,

pero hay dos claras mentalidades en la manera de ver las ciudades. Lecky, uno de los grandes historiadores sobre la moral, las estudió. Cuando él hizo su obra "La moral del Imperio Romano a Carlomagno", los cambios en la vida moral entre los romanos y el bajo imperio de Carlomagno, se fija en una cosa que no sucedió, que fue el retorno a la ruralidad.

Piensen en el imperio de Carlomagno, y habrán oído, al menos en tópico, lo de la caída del Imperio Romano. La caída del imperio Romano fue algo que nadie vio, por la sencilla razón de que esas cosas no se ven, le pasan a uno, le pasa a la gente que está viviendo esa época, pero nadie dijo, ¡OH, Dios mío, parece que está cayendo el Imperio Romano. Simplemente estaban cambiando algunas cosas. Cambiado el paisaje, cambia la gente que llegaba a las ciudades, cambiaban los idiomas, los barcos que llegaban a los puertos, cambiaban las mercancías que traían los barcos, había cambios religiosos a la vez. La gente se da cuenta de que un cambio que se está produciendo es un cambio que no tiene reversión, cuando ya ha cambiado tanto entonces ya no te puedes dar cuenta. Llevo todo esto aquí y voy a ir dando ejemplos de esta naturaleza, porque nosotros vivimos una enorme época de cambios. Sabemos mejor que la gente del siglo quinto que se están produciendo esos cambios. Primero, porque hemos desarrollado una mentalidad reflexiva mucho más fuerte y porque nuestras innovaciones en el traslado de información y el acumulo de información son tan fuertes que también nos permiten hacer una cosa que se llama prospectiva; que nos permite hacer todo género de comparaciones con el pasado y con sociedades que nos han sido parejas en cuanto a la manera de situarse en su entorno. Ese es el fondo, es uno de los principales temas que las ciudades de hoy tienen que abordar.

Todas estas ciudades de las que hemos venido hablando, son ciudades que hemos tenido que excavar. Ciudades, por ejemplo que eran ribereñas del Tigris o del Éufrates, o de las grandes zonas ribereñas del Nilo. Las grandes civilizaciones establecieron sistemas agrícolas al lado de grandes ríos y las ciudades aparecieron para administrar. Pero, por alguna razón, la mayor parte de estas ciudades desaparecieron. ¿Por qué desaparecen las ciudades que dan origen al Estado? Porque, cuando el Estado colapsa, las

ciudades colapsan. Hay un libro que les recomiendo, de un autor, que es mitad antropólogo, mitad historiador, se llama Llaret Diamont. Estudia como colapsan los territorios, y cuántas civilizaciones colapsadas conocemos, y porqué colapsan. Su tesis es, sobretodo, ecológica. Las civilizaciones colapsan cuando se hacen insostenibles, ecológicamente insostenibles. Además, es más fácil que colapsen cuanto más complejas sean. Las ciudades son territorios complejos. Volvamos al caso de Mesopotamia. Una ciudad es un mercado, sobre todo una ciudad es un mercado, y el mercado se convierte en centro de administración. Una ciudad es aquel lugar donde quienes producen cosas van a ir a intercambiar. Una ciudad es un territorio libre de violencia donde se puede hacer un intercambio seguro y pacífico.

Naturalmente, para garantizar este intercambio seguro y pacífico se inventan las tasas. Cada cosa que hacemos tiene una fecha de invención, y las tasas se inventaron, más o menos, en estas grandes invenciones del creciente fértil de Mesopotamia. Tenemos las primeras legislaciones mesopotámicas, nos han llegado, a veces cosas asombrosamente grandes, como el código Amurabi, otras veces son colecciones de tablillas. Pero ahí tenemos las tasas. Las leyes de las ciudades son las tasas que hay que poner por cada cosa, a cuanto se debe vender cada mercancía, y lo que se ha de quedar la ciudad por permitir la venta. Entonces se ve hasta qué punto la ciudad está siendo promovida en torno a un mercado, que se hace seguro cobrando unas tasas por él, pero que permite precisamente el pacífico intercambio de bienes. Poco más tarde, la ciudad empieza a desarrollar la estratificación social. Hay un solo tipo de ciudad antes del siglo XX, la que tiene un centro y una periferia y los importantes viven en el centro.

La ciudad reordena topológicamente el principio de importancia y seguridad de la horda. En la horda tanto más seguro estás cuanto más el centro ocupes; si estás alrededor, es un lugar inseguro, para cualquier animal, no sólo para nosotros, que somos más o menos primates muy evolucionados. Los alrededores siempre son malos, siempre son inseguros. El primer modelo de ciudad que tenemos es la ciudad donde el

centro es lo más seguro y, además, en el centro está colocado todo. Por el contrario, ahora tenemos un modelo diferente, que es el modelo que se propicia después de la colonización de América del Norte. Esto es, la ciudad sigue conservando un centro que es administrativo, los barrios del centro están degradados y en ellos habita población marginal y, por el contrario, los alrededores de la ciudad son los sitios donde se establece la gente que tiene más posibilidades.

¿Qué ha tenido que pasar para que el sitio más seguro, que es el centro, ahora no sea deseable, y sean deseables los alrededores, que todo mundo sabe que son sitios inseguros? Ha tenido que pasar que haya un territorio que sea capaz de conservar una gran paz. Cualquier territorio que no es capaz de conservar una gran paz y, en consecuencia, una seguridad muy grande, no puede permitirse alrededores bonitos.

Todos los alrededores son siempre horrorosos y lo que hay que hacer es llegar cuanto más al centro se pueda. Las ciudades, cuando empiezan una evolución ya fuerte y, sin embargo, no pueden conservar la paz, o por lo menos la seguridad, se amurallan. El sistema de ciudad que conocemos en todos los grandes imperios de la antigüedad es el sistema de ciudad amurallada. Porque, aun conservando la paz fuera, la seguridad no puede conservarse fuera. La seguridad se conserva dentro y entonces hay un reducto que es la muralla, y dentro está la seguridad. De nuevo, vamos a volver al campesinado. ¿Qué es lo que mantiene todo el sistema de ciudades?, la agricultura y la ganadería. ¿Las mantienen dentro de las ciudades?, obviamente no, las mantienen fuera. ¿Qué siguen poniendo las ciudades?, siguen poniendo el mercado y, además, la administración del territorio que las circunda. Por lo tanto, el sistema de tributación.

También a los dioses, por supuesto, las grandes festividades religiosas. Por lo tanto, los artículos de consumo conspicuo. Las ciudades son las que producen un tipo de artículo que el campo no puede producir; empiezan el intercambio, por el cual, los usos ganaderos y agrícolas van a las ciudades y los cambian; no por lo que ya tienen, el campo tiende a hacerse lo más autosuficiente que puede, sino justamente por lo que no tienen y lo que no tienen son artículos de lujo. El problema es la medición

del lujo, porque lujo es lo que queramos llamar, en un sitio el lujo pueden ser los metales preciosos, en otros sitios simplemente lujo son determinados alimentos que uno no produce. Pensemos, hasta los años 20 o 30, el campo español era prácticamente autosuficiente al completo, es decir, nadie creía que podía comprarse cosas que no produjera dentro del campo. ¿Qué se compraba la gente?, alimentos como azúcar y café, todo lo demás se producía en casa. Cuando empieza a desarrollarse la gran economía industrial: telas, ya no se teje en casa. ¿La ciudad, entonces, cómo es percibida desde el campo?, como una especie de lugar fascinante, donde se obtienen cosas bellísimas, y a la vez un lugar malvado, porque allí es donde le timan a uno y le toman el pelo a uno. Desde el punto de vista del campo, los individuos que habitan las ciudades son todos de dudosa moralidad, con gran afición a quedarse con las cosas del prójimo, y mentirosos y engañadores.

A las ciudades hay que ir lo menos posible, porque cada vez que vas te esquilman. Hay que ir porque hay que vender. En todas las sociedades que estén muy evolucionadas aparece la desconfianza del campo y la ciudad, hasta que ésta desaparece. Desaparece en el momento en que el siglo XX invierte esta tendencia, de tal manera que, por primera vez en el siglo XX, empieza a haber más gente en las ciudades que en el campo. La relación campo-ciudad siempre ha sido más o menos esta: 70 por ciento, 30 por ciento. El 70 por ciento de la población es agraria, y hace ganadería o agricultura o hace útiles, y el 30 por ciento vive en ciudades y fabrica elementos de consumo conspicuo, o útiles de una mayor finura o calidad. Se vigilan unos a otros, de tal manera que los del campo consideran que los de la ciudad se irán todos al infierno por sus malas artes, y los de la ciudad opinan que la gente campesina es ruda, incapaz de civilidad y que se parecen muchísimo a los animales con los cuales conviven, sólo que hay que tratarlos de modo diferente porque alguien ha dicho que son hijos de Dios, aunque tampoco está claro este otro asunto.

Son saberes dudosos, la gente los ha tenido como saberes sujetos a un cierto tipo de duda. En todo caso, nunca ha habido una comunidad de campo y ciudad, es muy notable. La idea de que unos y otros pertenecen a

lo mismo y debieran ser lo mismo, no nace hasta que nace el nacionalismo, y eso no surge hasta el siglo XIX. Son los nacionalismos, verdaderamente, los que hacen el canto a las bondades de la gente que no es ciudadana, al pueblo, al pueblo soberano, que es, naturalmente, el pueblo no contaminado por los usos, por los malos usos bellacos de las ciudades. Porque es el que ha guardado la lengua, es el que ha guardado la pureza de las costumbres, es el que ha guardado los mitos fundacionales, es aquel en el que reside, en último término, la salvación. ¿Por qué? Llevamos al menos dos grandes intentos de salvar el futuro.

Estoy hablando como occidental y para occidentales, porque con el mundo de Oriente, o el mundo africano, o allá donde hemos trasplantado nuestras formas de vida, guardamos continuidad sólo hasta cierto punto. Hay momentos en que aparece el corte y desaparece la continuidad. Occidente ha intentado afrontar el futuro volviendo al pasado en dos ocasiones, una durante el Renacimiento.

La Edad Media está acabando. La gente tampoco suele notar que se está acabando la Edad Media porque, en general, tampoco sabían que eran medievales. Las condiciones del mundo están cambiado, han aparecido nuevos artilugios, aparece nueva gente, se dice que hay nuevas tierras al otro lado del mar, la gente escribe con cosas diferentes, aparece la imprenta y hay muchos más libros que antes, los monasterios ya no mandan lo que mandaban, el margrave está diciendo que el rey le necesita para mucho, esto ya empieza a cambiar de nuevo. ¿Qué tenemos que hacer? Esto se empieza a parecer a lo que fue el gran mundo antiguo, cuando las ciudades eran grandes y eran poderosas verdaderamente, cuando la gente vivía en ellas y era rica y feliz; volvamos al gran mundo antiguo. Resucitemos la gran cultura clásica, resucitemos Grecia y Roma, estamos ya preparados para resucitar Grecia y Roma. El Renacimiento. ¿Cómo se va hacia adelante?, volviendo atrás. ¿Por qué? Porque atrás estaba todo lo que era realmente bello, humano y digno. Lo que ha venido por medio son lo que luego llamaron los 1.000 años de oscuridad, vamos a renunciar a los mil años de oscuridad, pasemos al futuro. ¿Cómo?, buscando el pasado.

El Renacimiento es una cultura brillantísima, que ha dejado sus rastros en los monumentos de nuestras ciudades, y todavía vivimos de enseñarlos. Un momento realmente espectacular. Estuvo muy mal porque en Europa acabó con las guerras de religión, 120 años de guerra civil continuada. Eso no hubo quien lo soportara, y de ahí nació la modernidad. El otro momento en el que se buscó el pasado fue después, fue realmente en el romanticismo. Para construir las nuevas naciones hay que ir a buscar justamente el pasado. ¿Dónde?, al campo. Hay que ir fuera. Hay que dejar la vida ciudadana que nos ha hecho abstractos, difíciles, redichos.

La verdad del pueblo está en otra cosa y es cuando aparece esta cosa, que no son los ciudadanos, que es el pueblo. En toda la política romántica la apelación no es a los ciudadanos y ciudadanas, esa es una apelación de la revolución francesa y sumamente ilustrada y abstracta. No es al pueblo. ¿Cuál?, el noble pueblo. ¿Cuál?, el que mantiene las esencias, el que está fuera de estos juegos intelectuales. Entonces, tenemos a esa política, sobre las folk, que hace todo el romanticismo. Donde se resucita la desconfianza hacia la ciudadanía, como teniendo que ver a la vez con las ciudades, por una parte y con la política por otra. Porque, vean qué cosa.

Tenemos la misma palabra para llamar a lo que se tiene en las ciudades y para llamar a lo que se tiene cuando se es miembro de un Estado: la palabra ciudadanía. El hecho de que tengamos esa única palabra para llamar dos cosas que no son la misma no es casual, porque la ciudadanía es un invento. Norbert Elías lo estudió. Norbert Elías es uno de los grandes creadores y pensadores políticos del siglo XX. Tiene un magnífico libro, una colección de ensayos que es "El proceso de civilización". Su tesis es que la misma palabra civilización viene de civilidad, de cives, de lo que se tiene en las ciudades, que es de lo que se carece fuera ellas.

Durante el gran siglo barroco, entre el XVII y el XVIII, se coge la palabra ciudadanía y se reinventa, queriendo oponer la relación que se tiene hasta entonces con el Estado a una relación nueva; antes la gente es súbdita, ahora ha de ser ciudadana. Es, de nuevo, una reinvención según los cuños clásicos, los de las antiguas ciudades-estado griegas. Vamos a pasarnos de las ciudades de Mesopotamia, que hemos visto crecer como comercio y

después hacerse cada vez más ciudades amuralladas dentro de imperios, a unas ciudades extrañas, que tenemos en nuestra memoria histórica. Las ciudades griegas son otro modelo de ciudad que tenemos ahí. Las ciudades griegas, como Babilonia, son grandes mercados, pero tienen alguna novedad extravagante que hay que tener en cuenta. ¿Ustedes se dan cuenta de que aún a día de hoy, por ejemplo, en la mayor parte de las ciudades asiáticas, o del cercano Oriente, o de cultura musulmana, no hay espectáculos públicos? Es una cosa que no hay, sencillamente no hay espectáculos públicos, no hay ágora, no hay plaza pública; sigue habiendo un gran lugar que es donde se hace el mercado, pero espectáculos, los que sean, no hay. ¿De dónde nos viene eso? Nos viene de Grecia.

Las primeras ciudades griegas hacen que el espectáculo pase a ser una obligación ciudadana, una obligación de las ciudades. Es una pena que los ayuntamientos deban ocuparse de que haya pavimentación, etc.

Pero las ciudades griegas y romanas, además, tenían que ocuparse de que hubiese espectáculos públicos. Los espectáculos públicos formaban parte absolutamente de la obligación que tenían las ciudades, de tal manera que nosotros reconocemos fácilmente uno u otro tipo de ciudades por la existencia o no de un tipo de edificios, que sólo hay en unas de ellas, que son los grandes teatros y los anfiteatros, los circos y los teatros. Es un nuevo tipo de vida ciudadana, donde la gente no solo se limita a vivir junta y fabricar objetos de consumo conspicuo, ni se limita a juntarse para las grandes solemnidades religiosas, sino que están apareciendo solemnidades que, so pretexto religioso, en realidad sirven para distracción pública.

La distracción pública aumenta inmediatamente el nivel. Vean. Si paseamos por toda Asia no encontraremos ninguna estructura parecida a un teatro griego, simplemente no la hay; ni encontraremos ninguna estructura parecida al Coliseo romano, tampoco la hay. Si paseamos, por el contrario, por las dos riberas del Mediterráneo, veremos que cada ciudad que se tenía por algo, tenía un coliseo y tenía un teatro. A veces tenían más de un teatro: Roma tenía seis o siete, y más de un coliseo y, además, tenía anfiteatros, y lugares para carreras de carros y además…

Pero, ¿que le pasa a esta gente? Lo que se entendía por civilidad tenía también que ver con estas maneras, que avanzan, además, una cosa importantísima. Aristóteles hace una distinción entre artes y habla de lo que los latinos llamamos *artes ludicrae,* las artes del espectáculo como, por ejemplo, saltimbanquis.

En cualquier lugar de Oriente ustedes verán que aparecen unos saltimbanquis, llegan y, donde está puesto el mercado, despliegan un tapiz, saltan, bailan, etc. pasan la gorra, la gente aplaude y se va ¿Dónde está la diferencia? Entre eso y Esquilo, Sófocles o Eurípides, pongamos por caso. En el extraordinario nivel de exigencia que una ciudad se marca a sí misma. En este caso Atenas. Atenas se inventa los festivales de primavera, y hace evolucionar una cosa que eran las *artes ludicrae*, donde simplemente dos personajes hacían un diálogo entre ellos, o un diálogo entre un personaje y un coro; sobre todo, lo que sube es el nivel de las cosas que hay que contar en ese diálogo. Deja para la comedia el nivel de las cosas bajas, pero se inventa la tragedia, donde sólo se podrá hablar de cosas nobles y excelentes. Empieza a aparecer la gran cultura. La gran cultura es indisociable, no sólo de la vida en la ciudad, sino de un tipo particular de ciudad. A la vez que la gran cultura, las *artes ludicrae* iban más allá y toman el circo, el hipódromo, el estadio, todas las demás; las artes de la competición pongamos por caso.

Piensen en la ciudad de Bizancio, actualmente Estambul; seguro que muchos de ustedes han estado allí. Recuerden dónde está Santa Sofía y dónde está la Mezquita Azul. En medio hay un llano muy grande, es el antiguo lugar de las carreras de carros que, por supuesto, estuvieron a punto de acabar con la ciudad varias veces, porque la gente se hacía partidaria de unos aurigas o de otros; y el problema era que cuando ganaban los verdes, los azules no podían salir a la calle; y cuando ganaban los azules, viceversa. Lo digo por si les empieza a sonar todo esto, para que vayan pensando en la cantidad de tiempo que tienen. Si no, insisto, ¿a que nos enseña la gran cultura?, a proyectar sobre un plano temporal largo cosas que conocemos exclusivamente en el plano corto.

Pues bien, la gobernanza ciudadana, ética y estética. Hay un filósofo del siglo XX, sumamente complejo y difícil de leer, que no les recomiendo nada su lectura si no son de filosofía, porque es una cosa así como bastante trabajosa, me refiero a Ludwig Wittgenstein. De él, voy a tomar exclusivamente una sentencia, que es una sentencia de su primer libro, donde él dice que la ética y la estética son una cosa, lo cual quiere decir una misma cosa. Si hablamos de las ciudades, lo primero que se revela en una ciudad es su estética. Cualquiera de ustedes que haya visitado una ciudad, ¿qué es en lo primero en que se fija?: obviamente, en qué hay, en qué edificios tiene, en cómo está aparejada, si parece limpia o no, si la gente parece contenta, feliz o no, si parece un sitio tranquilo donde la gente camina despacio o parece un sitio donde la gente va deprisa, en si hay suciedad en las paredes o en si las paredes están limpias, en todas estas cosas nos fijamos.

Tendemos a comparar, además, unas con otras, de tal manera que si vemos una ciudad que está bien paramentada, cuyos edificios antiguos están bien cuidados, cuyas aceras son amplias, cuyo tráfico no parece caótico y cuya gente no va ni demasiado rápido ni demasiado lento, decimos "este debe ser un buen sitio para vivir". ¿Por qué?, porque estamos asimilando, lógicamente, la estética con la ética. No es posible imaginar una ciudad donde todo el mundo se comporta estupendamente, las categorías de ciudadanía son muy altas, la gente se respeta, se ayuda siempre que puede, todo el mundo no sólo es consciente de sus derechos sino que es consciente de sus deberes; el problema es que es feísima, está totalmente sucia… No es posible.

La ética y la estética son la misma cosa porque las espacializamos en el mismo lugar. La obligación de presentar la ciudadanía como la capacidad de alta cultura y belleza existe en todas las ciudades. Es una ciudadanía distinta de la pavimentación la que pone estos deberes, pero los pone también. Pensemos que la ética se aprende en las ciudades y la gente la aprende como estética, en primer lugar. La ética es un conjunto de reglas, no es un conjunto de mandatos, los mandatos son mandatos. La ética es el conjunto de reglas en que se fundamentan los mandatos. Un mandato es

una cosa concreta, una norma ética es, por lo general, una cosa abstracta. Un mandato es una cosa concreta: no puedes tirar cosas al suelo, pongamos por caso.

Eso es un mandato. Una ética es: no hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti. Tú no dices que es lo que se puede hacer o no se puede hacer, estas dando la forma general. Puedes decir: ¿te gustaría que en tu casa yo fuera y tirará cosas en el suelo?, pues como no quieres que yo vaya a tu casa y haga estas cosas, tú no las debes hacer en este espacio que es de todos. "No tires cosas" es un mandato moral; "no hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti" es una ética.

En las ciudades aprendemos las dos cosas, se supone que los mandatos nos los han enseñado en casa, y se supone que justo cuando salimos cada uno de nuestra casa para entrar en el espacio común lo que necesitamos son las normas éticas. Pero, me temo que cuando te aparecen las normas éticas, en el programa, en realidad estamos llamando ética, no al civismo, que es lo que se entiende que es la ciudadanía, civismo, ciudad en la misma prosecución, sino a la conducta decente de los administradores de lo público. Las ciudades necesitan más ética, no nos estamos refiriendo, por lo general, al civismo ciudadano, que lo necesita, sino que nos estamos refiriendo a que los administradores deberían, en general, tener una acrisolada voluntad de servicio y las manos no muy largas y decididas a entrar en los cajones comunes cada vez que no hay nadie mirando. Esto no es ninguna ética en particular, el asunto es el mal gobierno.

El mal gobernante siempre hace lo mismo y está bien descrito más o menos desde los tiempos de Asurbanipal. Mal gobernante es el que no se ocupa de aquellos a los que gobierna sino de atesorar todo para él y quedárselo, a ser posible. Por lo tanto, no hace falta ninguna nueva ética para saber si alguien se comporta mal, basta con saber cómo imaginaba la gente que la gente se comportaba mal el año 2000 a. C., y saber que las normas fundamentales no han cambiado. No hemos aprendido a ser seres humanos hoy, lo llevamos siendo un largo tiempo y las maneras en que se puede fallar se siguen pareciendo unas a otras, no han cambiado mucho tampoco. ¿Cuál es la diferencia?, la democracia. Mientras la legitimación

del poder es la legitimación arcaico-divina, bajo la cual las primitivas ciudades se ponen, si bien las ciudades griegas ya confían en ella un poco menos. Pero pensemos que, por ejemplo, todos los gobernantes de un imperio como Roma, que civiliza la cuenca del Mediterráneo y por extensión Europa, siguen considerándose a sí mismos de origen divino, o adquiriendo los emblemas de la divinidad para portarlos encima de sí; o que durante todo el mundo medieval, pese al gobierno, que uno tiene que ver con la gente y otro que tiene que ver con Dios, y uno lo hace la Iglesia y otro la potestad de los Reyes; los Reyes siguen siendo divinamente ungidos.

La gran diferencia con la democracia es que la ciudadanía y la divinidad han perdido completamente el nexo, y por eso antes ironicé sobre: ¿es una norma moral no tirar cosas al suelo?, ¿no ensuciar las calles es una norma moral? ¿Lo ha visto alguien en los 10 mandamientos?, el mandamiento número 12: no ser un cochino, no sale. Sí sale no robar, con lo cual, está claro, también sale no ser violento, con lo cual la ética de la ciudad por la parte de arriba sigue siendo la misma. Un gobernante impresentables es aquel que, avalado o no por la divinidad, sólo trabaja para él mismo y tiende a quedarse con la recaudación. Eso no necesita mayores investigaciones, y si sabemos que hay un individuo que hace esas cosas, debemos, si es posible, impedírselo. Porque es lo justo. Pero, hay otras cosas que tenemos que hacer en la ciudad, que es enseñar realmente moral. Es enseñar que ciertas actividades, aunque parezcan no morales, son morales ellas mismas aunque no estén religiosamente avaladas. Por ejemplo, el respeto a los bienes públicos. ¿Son estas cosas preceptos morales?, sí. ¿Por qué?, ¿por su modo de sanción? La moral en los tiempos más antiguos nos viene sancionada por los dioses; obviamente no, no están sancionadas por los dioses, están sancionadas por lo que se sanciona todo en democracia, por la voluntad de la mayoría.

Ahora bien, en la democracia hay ciertos temas que se ponen por encima de la voluntad de la mayoría, son los temas que justamente se vienen llamando los temas de consenso. En la medida en que una democracia es más profunda tiene más consensos y menos divergencias. Cuando hemos

visto aquí como se ha ido haciendo algo tan empírico como las leyes de haciendas locales, y qué hacer con los ayuntamientos, he visto a lo largo de la mañana cómo las personas adquieren un sexto sentido, al menos, el plano medio de explicación, y son capaces de decir cosas como: "bueno vamos a ver, ¿qué pasó con los ayuntamientos?, pues pasó que en el año 85 nadie sabía muy bien qué había que hacer con ellos y dejamos que la ley que los regía siguiera hasta el momento actual, en que vemos que gran cantidad de las cargas la soportan ellos, hay otros centros intermedios surgidos de las ideas nacionalistas del siglo XIX, a saber las comunidades autónomas, que tienen los presupuestos, nos tenemos que pasar la mañana luego con ellas y con el Estado, y quien tiene que hacer los servicios somos nosotros…" o sea, que si a alguien no le importa, refórmese la estructura del Estado, porque esto tira para lo que tira y no da más de sí. Para poder hacer ese discurso empírico, que es meramente empírico, hay que haber adquirido una cierta profundidad en la explicación general histórica de los fenómenos, porque si no, lo normal es hacer otro discurso que no tiene en cuenta esta explicación.

Por ejemplo, un discurso exclusivamente jurídico. La ley de no sé que era ineficaz, vamos a esta otra que fue un poco más eficaz, aunque tenía… No. quienes gobiernan tienen la obligación de tener un punto de vista si no extraordinariamente largo, si tienen que poder manejarse en el medio plazo. Ya sé que a quienes nos gobiernan les pedimos demasiado, les pedimos cosas constantemente, es verdad. Les pedimos que sean capaces de ser grandes programadores a medio plazo, y ver venir problemas y asuntos a enfrentar a medio plazo y, sin embargo, ser unos diestrísimos jugadores a plazo corto, que sólo se preocupen de lo que tienen delante de las narices.

Entre otras cosas porque, ¿cuál es el mayor problema de la democracia, y porqué necesitamos mucho consenso? La democracia es el más complejo de los sistemas políticos que hemos podido inventar, por lo tanto, por complejo es el más frágil. La menor falta de sostenibilidad en un Estado, acaba con la democracia. La falta de sostenibilidad puede venirnos por razones ecológicas, medioambientales, por razones simplemente

migratorias, puede haber un déficit de sostenibilidad de las democracias. Nuestras democracias no están aseguradas nunca, nacieron frágiles y serán siempre frágiles. Cualquier sistema más complejo es mucho más frágil que un sistema elemental. Piensen, si alguna vez se acaba el mundo, se acabará el nuestro, es posible que el de las amebas no se acabe, las amebas se podrán reciclar, nosotros no. Cuando un sistema es muy complejo es mucho más difícil mantenerlo, por eso necesitamos consenso. Primero, necesitamos una ética compartida, pero la ética normal, o sea: no robe usted y haga el favor de administrar decentemente, esa la doy por descontada. Porque, si esa no existe, es que no existe el fundamento número uno. Pero luego necesitamos que grandes temas de administración sean sometidos a consensos, es decir, no dependan del tironeo electoral. Porque no todo el mundo tiene la capacidad de ponerse en el medio plazo y en el corto plazo, y sobre todo, cualquiera que administra una ciudad sabe que tiene que enfrentar al medio plazo y tiene que ser elegido cada cuatro años.

Ese es el principal problema de la democracia, y por eso es a la vez tan frágil y, sin embargo, tan poderosa. Nosotros queremos que quienes nos gobiernan tengan pensamiento a medio plazo, pero ellos o ellas pueden verse en la tentación de tener sólo pensamiento a corto plazo. ¿Cuál?, el que dura su período de mandato. ¿Porqué?, porque están convencidas/os de lo siguiente: me van a juzgar a corto plazo, por lo tanto, el medio plazo para el que se lo trabaje, que no seré yo; me lo voy a jugar a corto plazo porque la gente es impresionable y olvidadiza; si hago una cosa a medio plazo, por ejemplo, me endeudo y no se va a ver hasta que gane fulanito, el muy odioso, que es capaz de ganar y quedarse con la cosa, ¿para qué la voy a empezar yo?, que la empiece fulanito si tiene ganas. Yo me dedicaré a unas vistosidades que tengo inventadas y engañaré suficientemente a estos prójimos. Además, siete días antes, daré unas comidas populares impresionantes que me ganarán el cariño ciudadano; sobre todo, de la parte más alta del espectro de edad, que no teniendo o habiendo tenido durante poca parte de su vida la cosa esta de hacer la tributación en junio, cree que el dinero de las arcas públicas sale de los niveles más bajos de las

nubes y está dispuesta, por lo tanto, a acoger con alegría cualquiera de mis cosas.

Esta es una tentación que sufre cualquier gobernante, por lo tanto, para eso está el consenso, para evitarla. En la mayor parte de los temas de una democracia los ciudadanos tenemos el derecho de exigir de quienes nos gobiernan, que sean temas absolutamente consensuados; consensuados no quiere decir apañados porque, de nuevo, esto sería una muy mala ética. Apañados quiere decir: reparto esto para ti, esto para mí, hemos quedado conformes, se acabó. No. consensuados es: hagámoslo de esta manera y con absoluta transparencia. La transparencia es absolutamente necesaria en democracia. La transparencia en democracia es tanta, y quienes gobernáis en asuntos locales lo sabéis bien, que o te la das o te la ponen. Nadie crea que, en una democracia, cosas que uno hace, que sabe de sobra que están mal, no se sabrán nunca.

Se acaban sabiendo todas, lo que pasa es que se tarda más en saberlas. Hay algunos que piensan: bueno sí, pero yo me voy a librar, no de que se sepa, sino que cuando se sepan, lo mío ya está en las Caimán. Esa gente existe. La tentación del mal gobierno, del mal gobernante existe desde que existe el gobierno; por el contrario, la ética de la buena administración, primero da valor moral al civismo; segundo, es transparente en todo lo que hace; tercero, conserva las manos limpias del dinero de la caja pública; cuarto, promueve una convivencia pacífica. Uno de los riesgos de nuestras ciudades es la sostenibilidad a medio plazo. Saben que en este momento se ha invertido totalmente la tendencia, de tal forma que la mayor parte de la humanidad vive en ciudades, no en el campo. Cierto es que nuestro campo produce como antes no producía, antes el 70 por ciento de la población rural mantenía al 30 por ciento de la población urbana. Ahora un agricultor estadounidense, uno, puede producir lo que es necesario para que vivan 125 personas. Luego, no necesitamos esa gran cantidad de población en el campo.

La población del campo se está yendo a las ciudades. Está apareciendo un fenómeno nuevo, que aparece en el siglo XX, y en el XXI se asienta, son las macrourbes, urbes de 20 millones de habitantes. ¿Cómo se administra

eso?... y subiendo, México, Nairobi, las grandes macrourbes en el tercer mundo. Todo esto es una enorme tendencia. La gente del campo tiene raíces en campo, difícilmente se mueve, cuando se mueve a una ciudad, es capaz de moverse inmediatamente a otra. El aumento exponencial de los movimientos migratorios no sería posible si no existieran las macrourbes.

La gente no emigra directamente del campo a una ciudad que quede en el primer mundo; emigra primero a una del tercer mundo y de allí a otra. Ustedes van a tener que enfrentarse a todo eso, y yo les digo que no son cosas nada fáciles y algunas de ellas pueden ser colapsantes. Tenemos la necesidad de pensar muy bien el modelo de ciudad, porque nos enfrentamos a un mundo donde, sabemos que el mundo está cambiando, pero no podemos decir aquello: ¡uy!, mira, se está acabando la edad media, ¡uy!, mira, se está acabando el imperio romano. Nosotros vivimos en una etapa tan transicional como esas, y tengo un convencimiento: si no triunfa la democracia, triunfa la barbarie, no hay intermedio. O logramos realmente que la democracia sea un sistema mundial de vida, manejando todas estas enormes tensiones o, simplemente, la regresión y la inversión, que es lo que queda en el horizonte.

No hay un horizonte intermedio, no lo hay. De tal manera que tenemos que hacer lo que decía Heráclito en "El deber del ciudadano": hemos de refugiarnos en las leyes como las ciudades se refugian en los muros. Nuestras ciudades ya no tienen muros, tienen que tener, por tanto, las mejores leyes y la mejor gente para llevarlas adelante. No podemos permitirnos ni al sinvergüenza ni al mediocre. Gracias.